

Mi primer tajo

Otro gallo cantó al alba, y yo me desperté feliz como una perdiz sobre mi recién estrenado jergón de paja. A falta de tablón que la tapara, la luz se colaba por la puerta de la caseta y me dediqué a ordenar el interior. Ahora que el jergón ocupaba casi todo el espacio, debía tener las cosas a mano. El pellejo con agua, la capa de lana verde oscura con la que dormía, eslabón y pedernal, la aguja de hueso e hilo de tripa para futuras heridas... y el libro. ¡Tantas posesiones! ¡Todo eso era mío!

El libro era mi más preciado tesoro, ¿cuántos secretos esconderían todas esas líneas finas y apretadas? Cuando tenía todas las necesidades básicas satisfechas y nada que hacer, me entretenía pasando esas hojas y observando sus enigmas. Me parecía increíble que ese número tan limitado de símbolos sirviera para expresarlo todo. Los conté, porque eso sí sabía hacer, me lo enseñó el bueno de Berger. Eran veintiséis. Además, yo tenía la ventaja de saber hablar, de modo que podía hacer ciertas suposiciones. Por ejemplo, en muchas líneas aparecían símbolos aislados. Solitarios. No tardé mucho en deducir sus sonidos: “a”, “o”, “i”.

Aprendería a leer, me prometí, pero antes necesitaba hacerme con un cuchillo para vengarme de ese estúpido guardián del pozo. No iba a ser la venganza su función principal, pero sí la primera.

Pensé largo y tendido sobre el *modus operandi*. Mi intención era robarlo en las cocinas de alguna taberna. O de una casa. La casona que había al lado de mi caseta, cuyo perro no estaba, fue descartada rápidamente. No quería problemas con quien quiera que allí habitara. Tendría que investigar ese tema más adelante. Al final me decidí por una opción mucho mejor que el robo. El trabajo. Justo lo que me había aconsejado el calderero Hotus. Mataría a dos pájaros de un tiro.

De modo que volví a probar suerte en las calles más hediondas de Magnalia, por si algún local de mala muerte estaba dispuesto a dejarme limpiar los platos. No tenía grandes pretensiones en cuanto al jornal, puesto que mi misión consistía en limpiar cuchillos y escoger un par de ellos de manera discreta, como tan bien se me daba.

Me acordé de las palabras de Berger, algo así como que de todo fracaso se puede sacar una lección. Decidí hacerlo literal y me puse a contar los rechazos. Fueron treinta y dos. ¿Recordáis eso de que a la tercera va la vencida? Pues no siempre es así, pero empiezo a pensar que algo pasa con el tres, porque al final una taberna aceptó mis humildes servicios. Se llamaba el Fortín de la Cerveza. Pero ese día no había cerveza porque un decreto real les había forzado a venderla para la Justa de los Magnos y ahora había problemas con el suministro de cebada y lúpulo. Todas las tabernas estaban en las mismas, peleando por hacer cerveza. Yo asentí con gesto decepcionado para solidarizarme con el propietario, que era un tipo larguirucho, de pelo ralo y dientes amarillos. Se llamaba Jago.

Era un buen hombre, me explicó que el picas se había largado un buen día sin decir adiós, y que nunca volvió a aparecer. Así fue cómo recibí mi apodo en el Fortín de la Cerveza. El picas. Jago me introdujo con soberana paciencia en el arte del lavado. Me explicó para que servía esa masa viscosa que resultó ser grasa animal y cómo tenía que mezclarla con la ceniza para limpiar platos, vasos, tenedores, cuchillos y huevos que picaban. No entendí esto último, y nunca tuve que limpiar huevos con ceniza, pero él se rio mucho al decirlo. Trajo un par de tinas con agua.

– En esta lo sucio.

Y sin más tardanza me puse a ello. Mojar. Untar. Frotar. Remojar. Cepillar. Remojar. Mi empeño por dejar las cosas limpias me costó un enorme retraso y una pila de platos que crecía y crecía, mientras los cubiertos se desparramaban de su montón. Es lo que tiene ser un perfeccionista. ¿Y qué decir de los vasos y las jarras? La mayoría eran de tierra cocida, con esos no hubo problema alguno. Con los que había que tener mucho cuidado era con los de vidrio. Yo estaba sobre aviso, pero ni con esas. Acabé con la vida útil de dos vasos, y uno de ellos me abrió un tajo entre el pulgar y el índice. Metí la mano en el agua con ceniza. Luego la sequé con un trapo gris que acabó colorado. Pero mi mano no dejaba de sangrar. Y la pila amenazaba con llegar al techo. Algunos de los vasos todavía contenían ron, que era la bebida que más vendía la taberna. Hasta el punto en que, en mi humilde opinión, otro nombre habría sido más apropiado.

Como el bueno de Berger nos curaba las heridas con vino, pensé que el ron serviría. Pues de eso nada. Sirvió para provocarme un grito que ahogué como pude. Pero Jago, que en ese momento pasaba con un par de platos y unas jarras, me oyó.

– ¡Te has cortado! -exclamó, con una gran sonrisa-. ¡Chicos, el picas se ha cortado! ¡Un tajo de los buenos!

No entendí el porqué de tantas sonrisas. Todas las mozas estaban ahí, mirándome la mano como si estuviera llena de oro en vez de sangre. ¿Acaso se regodeaban en mi sufrimiento? Supongo que mi cara de incompreensión, o de asco ante tal panorama, fue pregunta suficiente.

– Trae buena suerte -dijo una rubia regordeta, con muchas pecas en la nariz.

– Ya estaba teniendo buena suerte -respondí, y así lo creía-. Hasta ahora.

En realidad, la reacción del equipo fue la mejor que podría haber soñado. Ya me esperaba los golpes o las patadas en el trasero por haber roto la vajilla. Resultó que, en vez de eso, una de las mozas me llevó a un rincón para curarme las heridas. No era tan avezada como Hotus, pero me trataba con mucho cuidado, como si temiera que mi mano fuera a romperse. No sabía la de horas que había pasado esa mano cavando con la hachuela o arrancando malas hierbas o esquilando ovejas o sujetando sogas o cargando maíz...

– Le has caído bien a Jago -me confesó-. Creo que has tenido suerte. Ojalá sea verdad esa superstición y nos contagies.

– ¿Cómo sabremos si os he contagiado la buena suerte?

– Si aparece un noble o un Magno por la puerta del Fortín y se enamora de mí, por ejemplo.

– ¿Y si tú no te enamoras de él?

La moza se me quedó mirando como si hubiera dicho algo espantoso. Luego su expresión se tornó más piadosa, como si yo fuera uno de esos niños harapientos de la calle que todos miran con compasión, pero a los que nadie ayuda. Y sí, sé de lo que hablo.

– El amor no siempre lleva a una buena vida -respondió al fin, con media sonrisa, acariciándose el cabello.

Yo asentí, aceptando la premisa. Tenía poca experiencia en el amor, por no decir ninguna. En cuanto a la buena vida, había empezado a cimentarla con un jergón de lo más cómodo y un trabajo aceptable.

- ¿Cuántas monedas paga Jago?
- Tres chelines por servicio. Es una buena persona. A ti también te pagará algo.
- ¿Tú crees?
- Claro.
- He roto dos vasos.
- Y no has terminado de limpiar -se rio-. Pero tranquilo. Jago se conforma con poco.
- Tienes razón, debería volver.

Y así me volví a poner manos a la obra, con una de ellas vendada. Mientras frotaba los platos y las jarras, me imaginaba mi vida en una casa más grande con una montaña de chelines de cobre. Todo un ciudadano de la gran ciudad, un joven lector poseedor de varios libros de vitela y vestido con ropa nueva. Pero recordé que antes de cumplir ese sueño tenía trabajo por hacer. Y no me refiero a la firme pila de platos que rehusaba a disminuir. No. Tenía una lista de recados. El primero era para el guardia del pozo. El segundo para pedernal, el niño bandido. Y el tercero para el rey Tenentor que me había quitado a mi gente y mi hogar. A menudo pensaba en esos amigos con los que crecí. En Berger y en los demás. Lloraba a menudo, sí, evidentemente, pero no ahondaré en ese tipo de detalles pues no quiero que os compadezcáis de mí.

¿De dónde saldrían tantos clientes? Se lo pregunté a Jago y había dos razones. Resulta que incluso después de la Justa de los Magnos las celebraciones se propongan con duelos más informales. Mercenarios de todo el continente vienen a probar suerte contra los Magnos recién ungidos con el aceite del árbol madre. Suele ser su último duelo, aunque algunos Magnos se muestran indulgentes en alguna que otra ocasión. El caso es que las tabernas se llenan de extranjeros y los locales salen a mirar. La otra razón me sorprendió más incluso. Y es que el pícaro de Jago ensuciaba los platos que yo limpiaba solamente para poner a prueba mi aguante. Mala leche, el Jago.

Ese fue mi primer día de trabajo. Acabé exhausto y con los dedos arrugados, pero no me importó. Ni siquiera el tajo en la mano. Me llevaba dos cuchillos en el bolsillo interior de la capa, un apodo que glorificaba mi empleo y un buen pellizco de experiencia laboral. Pronto sería un experto lavavajillas.